

## YES, IN COYOACÁN YOU CAN

GUILLERMO SHERIDAN

Llego a bolearme los zapatos a Coyoacán. Yo también padezco de nostalgia. Me gusta Coyoacán, que ha sobrevivido las redecoraciones convenencieras de sus delegados y el trajín machacón de la moda (que, como sabemos, es tan vulgar que hay que cambiarla a cada rato) gracias a que es una escenografía propicia para las nostalgias de todo tipo. Todo cabe en una plaza, sabiéndolo redactar.

Mejor dicho: en las tres plazas que forman una sola y, a la vez, son independientes. La plaza noreste es la del poder político emanado de la Delegación que usurpa el palacio de Cortés. Paisaje de burócratas soplacionales, cuya somnolencia contrasta con el ajeteo de las palomas que hacen de cada migaja un *casus belli*, la noreste es de los licenciados y de los megáfonos que, tradición priísta, confunden la deseada eficacia del mensaje con los reales decibeles.

Los domingos, si hay suerte, revive el kiosco con el tachón tachún de la banda de don Gildardo Mujica; si no, habrá que padecer el ulular de la cantacantz, recién apadrinada por algún diputado, que beorea causas y efectos de amores imposibles. Los niños, en sus feroces triciclos, hacen de los paseos un kinder del periférico; los novios salen pasmados del registro civil arrastrando parentelas; los borrachos en parejas trazan un solo zig-zag que, como la plaza, no avanza ni retrocede...

La plazuela sureste es ámbito menos secular, que la rige la muy anciana iglesia de los franciscanos y en algo la empapa de su sosiego. Zona de tránsito para los más, lo que fue su atrio cobija al beaterío que lo echa de menos. Las sombras enrebozadas de las ancianas pasean el tesoro dominical de su buñuelo; se defienden con jaculatorias de los mimos que las tienen como fácil blanco, y observan desde un tedio ancestral a petimetres y matronas que acuden, alborotados, a las bodas de medio pelo.

Mi bolero está en la del oeste. Llego a media mañana, me compro el periódico y por mil pesos don Gume me da bola y me explica los problemas del país. Habla tanto que pienso que hubiera calificado para lo que Quevedo llamaba un *parlaembalde*.

La sección oeste de la plaza quiere ser la liberal, la

posmoderna, la futura, la más empeñosamente simbiótica. Es nuestra traducción de lejanas *squares*, la Sloane, la Washington, la Tiananmen, la Tlatelolco. El rebullicio revuelve freaks, punks y skins aborígenes con parejas de caramelo, turistas de zoom back, musicastros de quena y bombo, gurúes albeantes, niñas punto de turrón, intelectuales que olean su Savater, snobs con el péndulo dispuesto a fukó, limosneros de toda catadura, parejas pomadosas, activistas cuya causa quiere contar contigo y, desde luego, la última frontera de la nación jipi que aún cree en jarescrishna y aún habla en argó.

Si la plaza noreste huele a tinta, a pulque y a desinfectante, la sureste huele a incienso y a azucenas maceradas y la oeste se deletrea en un dulzón pachuli de traspatio y en el esprei rompecéculas de los pintores jebimétal. Si en la noreste retumba el megaguar populachero y en la sureste se musita el *tantum ergo*, en la oeste conviven la agrura de pinflo y el canto a mi aconagüita. En la priísta se come democrático chicharrón, churro beato en la segunda y capuchino posmo en ésta. Respectivamente, se leen la autobiografía de Raúl Velasco, la hoja parroquial y *La Jornada*. El casimir, la manta, el yin. La brillantina, la trenza, la greña, etc.

Pero si la plaza priísta y la plazuela franciscana —escatologías al fin— no cambian, la oeste tiene la virtud de cambiar menos, pero de fingir que sí cambia con más habilidad. Han pasado por ella recitadores, mimos, jazzistas, cuentacuentos, ecologistas, gimnastas y monjes zen. Su última aportación es una espléndida trupé de meshicas de calendario que, cada fin de semana —penachos de pluma, grebas de cartulina, caracoles ululantes, cascabeles y sonajas—, después de consagrarse en náhuatl a Tonatiuh, se dedican a girar con gran frenesí, alrededor de un cráneo de utilería, mientras gritan en una ronda vertiginosa, mandando al aire, a fuerza de huarachazos, cualquier porcentaje del Valle de México. Junto a nostalgias como esa, la de uno se antoja apenas un prospecto.

Don Gume, el bolero *parlaembalde*, de evidente sangre indígena, se limita a decir, entre los trapazos, con el colmillo:

—Mamones.

Los veo girar y girar. Un turista pasado grita "Can I?" y se les une. Alguien le pone un penacho. El tambor apresura el ritmo. La danza culmina en un meñeadero de sonajas y en una genuflexión epopéyica. El meshica que queda frente a mí con los brazos en cruz, trae calzones calvin clein. Se nubla el cielo. Desde la plaza noreste llega el ruido del megáfono. La voz del *maestro de ceremonias* vocífera:

—¡Que se nos note el orgullo de ser...!

No escucho qué porque cae un rayo y comienza a llover. Le pago de prisa a don Gume. La última imagen es un corredero de licenciados, beatas, jipis y meshicas bajo el diluvio.

Todos hacia diferentes rumbos. <

[VUELTA NÚM. 159, 1990]

## POEMA

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

A Derek Harris y James Valender

La luz caía vertical sobre la piedra.

En la losa desnuda pusimos siemprevivas.  
También son leves y te representan  
a ti tan duradero entre nosotros.

Subimos al lugar en donde yaces  
dos amigos ingleses y un hombre de tu tierra,  
amigos ciertos que te aman  
de dos países que al cabo desamaste.

Tal fue tu sino, engendrar el amor  
en el difícil reino de lo siempre contrario  
unido por el fuego.

Señor de la distancia y lo imposible.  
Luis Cernuda, poeta, reza  
la piedra, y los lugares y las fechas  
que acotaron tu paso entre los vivos.

Entre ellos soñaste a un poeta futuro  
y al final lo engendraste  
y hoy puede así el futuro hablar contigo.

Otros han desaparecido entre las sombras.  
Tú no. Tu luz escueta permanece,  
lo mismo que estas flores, para siempre.

(A Luis Cernuda, con unas siemprevivas)  
México, 23 de mayo de 1993.  
[VUELTA NÚM. 200, 1993]